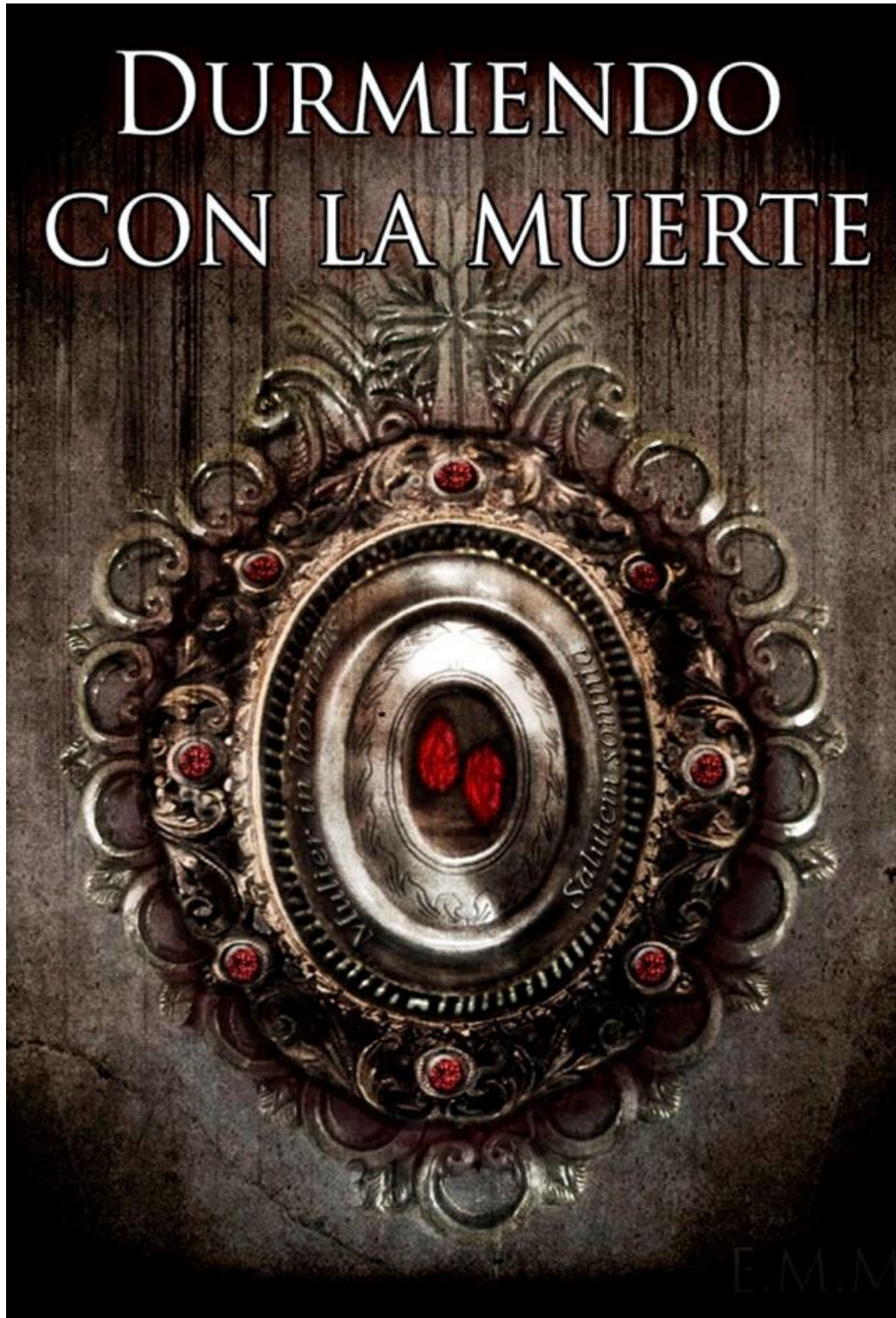


Titulo

Durmiendo con La Muerte

Por Edith Munguía Matarrita

Editada por Danthe The NAD



CAPÍTULO 1. Sólo fue un Sueño¹

ROSE

La niebla cubría por completo el bosque. Los animales iniciaban su sinfonía nocturna al inicio de forma tímida hasta llegar a niveles altos y dramáticos. Esto no logró detenerme. Corrí esperando que no me alcanzara. El sudor perlaba mi frente. Algunas gotas caían por mi nuca mojando la camiseta de tirantes que llevaba puesta. El terreno era irregular y costaba llevar el paso: primero porque las raíces se desprendían del suelo tratando de agarrarme y segundo porque me alcanzaba el agotamiento al igual que quienes me perseguían. No sabía cuánto tiempo llevaba pero no debía permitir que me alcanzaran. Un lago lleno de bruma detuvo mi huida. Las voces llegaban más rápido de lo que deseaba. El pánico me invadió y sólo me quedó hacer lo que cualquiera con sentido común haría: me lance al agua. Era el inicio del invierno y el agua estaba casi congelada.

¹ N. del E. La presente edición, que es la segunda, omití las formas de tratamiento españolas que empleaba la autora pues implicaba una mezcla. En su lugar, fue contextualizado usando las formas de trato manejadas a lo largo de la novela.

Sentí como mis pulmones se comprimían y no me importó. Salí a flote, lo suficiente para agarrarme un tronco hueco y usarlo. Las voces se hicieron más fuertes mientras trataba que mis dientes dejasen de castañear.

—Se fue por aquí estoy seguro—dijo la voz de un hombre.

—¡Idiota! Seguro que has perdido su rastro y tratas de justificarlo. Nadie desaparece así como así—respondió otro tipo.

—¡No miento, lo juro!—replicó el primero.

Al principio sólo podía pensar en que moriría si no se iban. Después todo se oscureció, lo que era el canto de un búho ahora sonaba como mil campanas en mi cabeza.

—¡Rose! Despierta o llegarás tarde al trabajo—dijo mi madre desde las escaleras.

Poco a poco me fui incorporando. La luz del día se escurría por la ventana dándome directamente en la cara. Aparté la cara y vi que incluso algunos copos de nieve se derretían sobre el edredón. Me senté y pensé un poco en el mal sueño que tuve mientras sacudía los copos de nieve. Siempre eran sueños relacionados, como si viviera una vida aparte de la que ya tenía. Eché un vistazo a mi habitación: las paredes eran de color lavanda decoradas sólo con algunos títulos que mis padres insistieron en colocar (para que según ellos me sienta orgullosa cada día), una cómoda en la esquina a la par de la puerta del baño (clamando ser organizada), giré al otro lado donde un armario y un escritorio lleno de libros ocupaban el resto la habitación.

Al tercer llamado, esta vez de mi padre, me obligó a levantarme e irme a bañar. El día estaba frío por lo que coloqué el agua en lo más caliente para quitarme de encima el sueño frío. Bastó echar un vistazo a mi reloj de pulsera para apurarme, salir a toda prisa y vestirme. Era sábado y no tenía que trabajar pero había prometido a mi amiga y

socia Kate que iría para hablar no sé que cosa. Me coloqué unos jeans negros y una blusa cuello de tortuga color azul marino. Fui a mi desordenada cómoda y me maquillé. Mi cabello sólo necesitó un poco de crema y agitarlo para darle forma a mis rizos negros. Me fijé en el espejo: una chica de veintitrés años, ojos verde esmeralda que contrastaba con la piel color canela. Labios carnosos en forma de corazón sonreían de forma sarcástica. El cuerpo curvilíneo giró y terminé de comprobar mi apariencia.

Satisfecha, tomé mi bolso y metí dentro las llaves del auto, la cartera y el celular. Bajé a la cocina antes de la cuarta llamada.

Mis padres no trabajaban, por ello aún estaban en pijama. Mi madre llevaba una bata con lunares de colores y sonrió al verme entrar en la cocina. Mi padre llevaba su acostumbrado pijama de rayas, no levantó la mirada del periódico mas que para sacarme la lengua y decirme que llegaría tarde. Tomé su jugo de naranja y una tostada de su plato para vengarme.

—¡Hey, eso es mío!—dijo mi padre imitando el gruñido de un perro.

—David, déjala ya—dijo mi madre sin poner atención.

—¡Sara!—protestó de un modo infantil.

—¡No!—sentenció mi madre acabando la discusión.

—Adiós mamá—le dije dándole un beso en la mejilla mientras a mi padre sólo le saqué la lengua. Él me devolvió un gruñido y luego me lanzó un beso mientras me guiñaba un ojo.

Desde que recuerdo así nos despedimos cada mañana. Al principio, mamá nos reñía para que lo dejáramos de hacer hasta que se rindió y decidió sólo tomarlo como parte del ritual matutino.

Salí a la calle. Aún hacía frío y los pequeños copos de nieve seguían cayendo insistentemente sobre la calle y mi Toyota Yaris color azul metálico modelo dos mil uno. No era gran cosa, pero era cómodo y fácil de estacionar. Subí y puse un poco de música pop-rock para calentar antes de manejar hacia el centro comercial. Pasaban de las ocho y seguro Kate estaba furiosa porque no había llegado a tiempo. Sonreí al pensar en mi amiga de la infancia rabiosa como un pequeño perro maltes con rabia.

Nos conocimos en el instituto y fuimos inseparables hasta que nos graduamos en administración y publicidad. Al graduarnos, lo primero que hicimos fue montar una oficina en el centro comercial más caro, en el Camplain Place Mall para que la gente nos reconociera.

Volviendo con el atraso, siempre he tenido problemas con el tiempo, Kate me reñía constantemente hasta que decidimos que ella se dedicaría al trato con los clientes y a la contabilidad, yo a la creación de la publicidad y dirección de personal. Últimamente habíamos tenido más trabajo del que podríamos abarcar y por ello contratamos a tres chicos y ahora también a una chica, que estudiaron mercadeo y publicidad. El invierno estaba llegando a Moncton, Canadá y tuve que detener el coche para que un grupo de camiones cargados de sal terminara de cubrir el parqueo del mall para poder estacionar.

Diez minutos después pude estacionar en uno de los lugares preferenciales del mall para gerentes y salir disparada a la segunda planta del centro comercial. Kate ya estaba en la puerta del local que decía "Sinclare & McKenzi lo coloca en el mapa". Como imaginé, estaba furiosa conmigo. Su piel blanca estaba roja, su ojos castaños echaban chispas. Llevaba el cabello lacio y recogido en un moño, lo que hacía que sus

labios rosas se vieran más severos. Cuando me vio entre la gente, puso sus manos en la cintura. Si no tenía una buena explicación, me mataría.

—Ya era hora que llegaras—dijo con voz dura—llevo una hora esperando y... ¿qué rayos te pusiste?—dijo con los ojos abiertos como platos mientras me recorría de arriba a abajo. En ese momento, noté que ella vestía con ropa ejecutiva, con un traje y yo casual.

—Es mi día libre—dije encogiéndome de hombros.

—No puede ser Rose, lo olvidaste.

—¿Qué olvidé?—dije caminando al lado de Kate.

Kate se detuvo tan rápido que si no hubiera llevado zapatillas de bailarina no me podría haber detenido a tiempo. Se giró lo suficiente para verme como si fuera un alienígena. Su cara se puso roja nuevamente.

—¿Es en serio Rose?, ¿Lo olvidaste?—me dijo indignada.

—¿Pero olvidar qué?—dije ya desesperada.

—La firma con la cadena de Hoteles Miroslav. ¡Rose!, te dije que llegaras temprano y presentable porque una empresa Checoslovaca se interesó en nosotros. Quieren ver nuestro trabajo para su imagen de los nuevos hoteles que construirán en Praga.

¿Acaso no estabas poniendo atención?

—Lo siento mucho—dije arrepentida—recuerdo algo de hoteles y Praga pero nada más—y antes de que dijera otra cosa, continué—estaba con el proyecto del Hilton y sabes cómo soy cuando me concentro en el trabajo.

—Sí, lo sé—dando un largo suspiro—ya no hay tiempo para cambiarte. Ya han esperado suficiente.

Estábamos en la recepción: adornada por múltiples fotografías de los proyectos más grandes que habíamos realizado. El asiento de la recepcionista estaba vacío y antes de que preguntara, Kate hizo señas de que estaba preparando café. La combinación del Naranja y el blanco resaltaba la estética de los muebles modernos. Continuamos hasta una puerta a un lado de la recepción. Al entrar, me sentí como en casa. Seis mesas para arquitectura se encontraban allí con algunos documentos encima junto a un escritorio con laptops. A espaldas a esos seis cubículos, se encontraba la oficina de Kate con un rótulo de “Gerente Comercial: Kate McKenzi”. Luego, a su izquierda estaba la mía con el rótulo de “Gerente producción y diseño: Rose Sinclair”. Estábamos a punto de entrar a la sala de juntas cuando Lily Frost, nuestra recepcionista, salió de la sala con sonrisa nerviosa.

—¿Qué sucede Lily? —preguntó Kate seria.

—Nada, sólo que no paran de hablar en checo y otro idioma. Me han pedido no sé que cosa, yo he dicho que sí y he salido de ahí como un tiro.

—¿Y qué te dijeron? —pregunté divertida por su cara de pánico.

—No sé —me dijo con los ojos aguados —parecía que me ladraban o algo así.

—Tranquila. Sólo trae agua caliente y diversos tipos de té de mi oficina y algunos dulces de repostería de la de Kate, eso les gustará —le dije conteniendo una sonrisa.—

¡Pero ve ya!—le dije más seria al ver que no se movía.

—Con que té, ¿eh? —dijo Kate viendo la espalda de la chica.

—Me gusta Praga —le dije encogiendo los hombros.

Entramos a la sala de juntas y dos hombres con traje y una mujer con el mismo estilo de ropa pero de corte francés, se pusieron de pie para saludarnos. Si bien es cierto, en

Canadá los hombres son atractivos pero en Praga les ganaban y con mucha ventaja. Me quedé observándolos algo arrepentida de lo que llevaba puesto. Kate y yo les saludamos en checo: el que estaba más cerca era apuesto, de cabello largo y atado en la nuca con una tira de cuero. Se presentó como Jarek Karda. Me quedé viéndolo por unos segundos, en especial a sus ojos negro profundo y su labios finos al pronunciar su nombre. Me tendió la mano para que yo me presentara. Sus manos eran fuertes y grandes como las de un hombre musculoso, de metro ochenta.

Luego, fue el turno de otro: más joven, de cabellos rubios y con un corte militar. Sus ojos azules le conjugaba con su cara de niño. A pesar de su aspecto juvenil no dejaba de ser atractivo. Se presentó como Milo Rostislav. Por último, la mujer que se presentó como Nadezhda. Era como de mi edad entre los veintitrés o veinticuatro años. Su cabello era largo y lacio como el de Kate y su cara era angulosa y con ojos grandes. Su acento era alemán por lo que la saludé en ese idioma para que se sintiera en casa. Siempre se me ha dado bien esto de los idiomas y eran pocas las oportunidades que tenía para practicar los seis idiomas que sabía.

—Como ya sabe mi nombre es Kate Mckenzi: Gerente Comercial. Mi colega es Rose Sinclair: Gerente de producción y diseño —dijo hablando en checo y lo utilizaría el resto de la reunión.

—Un placer —dije mientras tomábamos asiento.

—Pues, dentro de algunos meses abriremos una cadena de hoteles en Praga y hemos recibido muy buenas recomendaciones de algunos clientes importantes suyos —dijo Milo con seriedad la cual contrastaba con su cara de niño—y queremos que nos comenten sobre ustedes y de sus trabajos.

—Además —interrumpió Jarek con voz profunda— si decidimos que ustedes sean las adecuadas para este trabajo, ustedes deberán viajar a Praga para iniciar el proyecto —dijo girándose hacia mí.

—Y no podemos olvidar que todo el trabajo que se realice debe de ser completamente confidencial; al dueño de la compañía no le gusta trabajar con gente indiscreta —dijo Nadezhda con acento entre alemán y checo.

Justo en ese momento Lily tocó a la puerta y entró en la sala empujando un carrito con gran variedad de té en frascos de vidrio (gracias a mi afición por la cultura japonesa). Todos los envases estaban bien rotulados y eso saco una sonrisa a Nadezhda. Lily colocó sobre la mesa un enorme plato con galletas y panecillos franceses (ahora se debía a que Kate adoraba la repostería fina). Esta vez fue a Jarek y Milo a quienes se les iluminó la cara. Agradecieron a Lily y esta salió con aire triunfal de la sala de juntas.

—Permiso —dijo Milo antes de servirse— hemos venido directamente desde el aeropuerto hasta aquí sin ir al hotel y la comida de avión sabe horrible.

—No hay problema —les dije entre sonrisas— por favor sírvanse y luego iniciaremos la reunión.

No tuve que insistir mucho. Cuando nos dimos cuenta, Nadezhda estaba revisando y oliendo los frascos de vidrio con el té. Milo y Jarek se servían los panecillos franceses. Aproveché y tomé notas y recuperé algunos documentos de una gaveta secreta en mi lugar de la mesa.

Kate estaba tensa al ver que sus preciosos panecillos desaparecían para siempre de este mundo. Yo, al verla tan triste tuve que ocultar mi risa con tos. Después de que nuestros invitados terminaron con los panecillos de Kate y de manosear los té,

iniciamos la reunión. Casi cuatro horas más tarde, pero más que satisfechos y con el estómago lleno, listos para empezar con la negociación.

Cansada del largo rato sentada y con la mitad de frascos de té vacíos. Ahora era Kate la que sonreía de felicidad. Los empresarios salieron satisfechos y prometieron volver para la evaluación en los próximos días. No alegró en nada a Kate pues pensaba en apetito de esos tres.

—Muchas gracias por su grata atención —dijo Jarek dándome la mano a mí y luego a Kate.

—Estaremos aquí en dos días —dijo Milo con una sonrisa que conjugaba con su rostro infantil.

—Sí, será un placer volver —dijo Nadezhda con sonrisa de culpabilidad— y muchas gracias por el té blanco es uno de mis favoritos—terminó viendo con añoranza el frasco con unas astillas celeste claro.

—Por favor, lléveselo —le dije queriendo ser cortés, deseando que lo rechazara.

—¿De verdad? —dijo en un ademán por la emoción.

—Sí, adelante —dije mientras iba yo misma por el frasco. Me despedí de mi té blanco importado desde Japón. Era una cosecha única que se realizaba a principios del verano y que además era muy difícil de conseguir debido a su costosa elaboración. Intenté sonreírle, Nadezhda estaba tan feliz que no se dio cuenta de mi dolor pero Kate sí.

Salimos a la entrada del local y los despedimos. Cuanto desaparecieron entre la gente, nuestras sonrisas se esfumaron. Nos miramos y no pudimos evitar reírnos de nuestro semblante.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

